

Confieso que, independientemente de lo poético y lo filosófico, dos de mis maestros desde mi juventud han sido Spinoza y Heine. Pronto hará treinta años que escribí uno de mis mejores poemas, "Humoresca heiniana" en el centenario del *Libro de las canciones*. Ahora me hallo en idéntica situación en el centenario de la muerte del poeta, lo que quiere decir que llevo combatiendo en las trincheras de las letras más tiempo que él. Entonces celebraba al poeta sobre cuya tumba veía yo, joven y entusiasta, una corona de laureles. Ahora veo al libertario sobre cuyo féretro resplandece una espada. Y vuelvo a sentirlo como un hermano mayor mío en mi última aventura. Yo también, como discípulo de su fe humanística, abandoné la paz y la lira para pelear tras una bandera que es la suya. Y también, en mi breve experiencia de perder amigos viejos y ganar enemigos nuevos, he comprobado que para muchos de ellos, unos y otros, antaño representaba yo un valor de la cultura argentina porque suponían que pensaba como ellos. Como en efecto, ellos y yo admirábamos lo mismo, juzgaron que nos identificaba más que la comunidad de aspiraciones de conciencia de la injusticia, todo lo que diametralmente nos separaba. Creyeron que yo era un cómplice además de un compañero. No se les ocurrió preguntarme, si discrepábamos, quién de ambos tenía mejor razón o, si se prefiere, quién de ambos era más razonable. La verdad es que resulta muy difícil entenderse con los que hablan nuestro mismo idioma.

Ante todo es triste verdad que quien ha vivido y pensado en lugares muy estrechos o en dogmas más estrechos aún, divide el mundo y sus problemas en dos grandes territorios: los buenos y los malos, los libres y los oprimidos, los que creen y los que no creen, etc. No se demoran en averiguar si se dan combinaciones de dos términos antitéticos y si estas combinaciones contienen fórmulas más cercanas a la verdad y métodos de acción más eficaces. Lo que Heine dice de que los ateos lo apartaron del ateísmo, los revolucionarios de la revolución, los moralistas de la moral, es certísimo. Sobre todo cuando el amor a la libertad se convierte en fanatismo y el credo de la justicia social en dogma, se corre el peligro de haberse libertado de un cautiverio para caer en otro, acaso peor. Muchísimas veces he comprobado que los adalides de la libertad pretenden uncirnos a sus carros de combate, imponernos un modo de pensar y una norma de conducta. Quieren que seamos vegetarianos y abstemios además que correligionarios, y sobre este tópico se han tejido ya ingeniosos comentarios.

Reconozco las ventajas de toda unión para la lucha; lo que no creo es que la unión para la lucha consista en hacer todos una misma cosa, como reclutas sometidos a un sargento de la libertad. Creo que cada cual en su puesto donde sea más eficaz y con sus mejores medios de combate, es la táctica más adecuada. Heine era incapaz de hacer ni siquiera medianamente bien lo que otro hacía en forma excelente; pero sin duda éste no sería

capaz de hacer ni remotamente lo que hacía él a la perfección.

Podemos acusarlo desde mil puntos de vista, como el de la disciplina de partido o de acción, de la necesidad de un uniforme para organizar la militancia, etc. También se puede maldecirlo además de acusarlo, como ocurre más a menudo en las furias religiosas y políticas que se han cebado contra él, por no haberse dejado poner un collar y una librea. Parecería que la lucha por la liberación del hombre y por la justicia social sólo pudiera hacerse desde una sola trinchera y con una sola clase de armas. Mi opinión es que desde muchísimos lugares se puede combatir por la misma causa, y que cada arma que se puede empuñar con destreza y eficiencia es buena. En definitiva, no me atrevería a afirmar si las ideas tienen menos poder que las armas ni si los traidores que estén a nuestro lado, son o no más peligrosos y nocivos que los enemigos que tenemos frente. De no ser así, la lucha por la justicia social se convertiría en una batalla de bisontes, en una de las muchas guerras de fanatismo formalmente opuestas y esencialmente iguales.

Comprendo, creo, el valor efectivo de todas esas objeciones comunes y su legitimidad cuando se trata de seres comunes. Que éstos han de ser, los hombres comunes, quienes realicen la proeza de la libertad que nos alcanzará a todos, inclusive a los adversarios más obcecados de la justicia y la verdad, también es innegable. Pero que haya entre los soldados regimentados unánimes un guerrillero que rompe las filas y se lanza con la roja insignia del coraje al asalto, no está del todo mal. Si todo hiciésemos lo mismo nuestra lucha sería como la que describe el Ariosto, en *Orlando Furioso*, donde nunca se sabía contra quién se estaba peleando. El ejemplo del extremo opuesto podría ser el de las hormigas, que se matan unas a otras por la esclavitud.

Es innegable que nuestra causa no es la de ellos ni nuestra enemiga tampoco. Si fuera la lucha del blanco contra el negro, o del rojo contra el azul, como algunos creen ingenuamente, ¿quién podría decir que vale la pena morir por un bando? Pero nosotros no necesitamos unirnos con un uniforme, porque nos unimos por una común aspiración, por un común deber de conciencia, mejor dicho, nuestra bandera es la de la libertad contra la opresión, la de la justicia y la fraternidad contra la injusticia y el crimen, que van juntos; por la paz contra la guerra, por el derecho contra la fuerza, por la decencia contra la deshonestidad, por la honra, por los que padecen contra los que hacen padecer. No importa que alguien lucha por esa causa, con cualquier traje, bandera, turbante o gorro frigio, ahí está un soldado de nuestra tropa. En cambio, junto a nosotros puede luchar codo a codo, nuestro peor enemigo. La posición de Heine dentro de esta consigna es hacer blanco y él tuvo conciencia inequívoca de ello, pulso firme, buena puntería e inquebrantable decisión.

¿Cómo apresaremos al ruiseñor para enjaularlo en una jaula aunque sea tan grande como el bosque? Si el bosque es un

jaula, ¿para qué quiere la libertad? Yo he contemplado y admirado siempre a Heine como a un efebo rubio, rebelde, intangible, imposible de asir por el brazo para llevarlo a cualquier parte, ni al Paraíso. *Noli me tangere* es también su grito de independencia. Dejadlo libre, hermoso como es, con su espada flamígera matando monstruos encadenados en la noche, a diestra y siniestra. No es Héctor, ya sé: es Teseo. No mata soldados, ya sé: mata alimañas y quimeras.

Sería sumamente interesante realizar un estudio para establecer qué participación tiene la idea judía de la libertad, desde Moisés y los Profetas hasta hoy, en los movimientos sociales de

emancipación en el mundo. No obstante, puedo anticipar que no sería extraño que encontráramos como fermento de todas las teorías y movimientos universales de este tipo, esa irrefrenable ansia semita de libertad. De ser así, todos los que luchamos en uno u otro ejército por la libertad, trabajamos por la misma redención, y nuestro lema pudiera ser muy bien el de Judas Macabeo: *El que combate contra los tiranos sirve a Dios*.

La lectura de una biografía sucinta de Moisés Hess, me auxilia a colocar la actitud beligerante de Heine dentro de un marco, a emparentarlo con un escuadrón o con una tribu y a



no verlo aislado, separado de la tropa, peleando, como dije, por su cuenta y riesgo. Pudo no ser un soldado cristiano de la conversión del mundo para un credo, pero fue un soldado judío de la conversión de los herejes de cualquier género para la humanidad. Un paladín de la libertad de los credos tanto como de los pueblos. Se dice en ese estudio de Hess: más que la lucha de clases es la suya la lucha por un medio mejor, perfecto, mesiánico. Sus expresiones predilectas son: "el amor entre los hombres", "un mundo de amor y fraternidad".

A la proclama de Carlos Marx; "proletarios del mundo, uníos", con la que corona el Manifiesto Comunista, Hess hace una exégesis inaceptable para el autor y sus prosélitos, según la cual reclama "la unión de todos los hombres para forjar un mundo mejor".

Creo que no entenderíamos la postura de Heine si olvidamos que era judío y que, aunque vilipendiado, lo mismo que Spinoza, por judíos y cristianos, güelfos y gibelinos, su causa era la de una humanidad mejor, en la que participan justamente judíos y cristianos, musulmanes y budistas, materialistas y metafísicos. El judaísmo considerado así, y éste es el caso de Heine, no es una doctrina política sino humanitaria, no una liberación de Palestina, cuanto una liberación del ser humano como especie creada por Dios para la libertad dentro de la ley. En este sentido el humanista Marx era judío, y aunque él y Heine no se entendieron del todo, estaban combatiendo ambos en el ejército de Gederón y Judas Macabeo, y se amaron entrañablemente.

En un prólogo a *Roma y Jerusalén*, de Naum Sokolow, leo un epígrafe tomado de Walt Whitman, que dice: "El hombre mientras dura el aliento de su vida, si pretende conservar viva su alma, no puede emprender una lucha de ninguna clase que no lleve a otra mayor, de una especie distinta."

Es posible que tengan razón los que consideran a Heine fuera del judaísmo militante, fuera de la concepción judía de la sociedad, del individuo en función de una mayor comunidad, estrictamente en la organización tribal de una familia numerosa. Pero no lo está cuanto el judío ha luchado tanto por la liberación de Israel de sus cautiverios, cuanto por la liberación de sus mismos opresores. En pocas palabras, el judaísmo entendido en el concepto humanitario de Heine y Marx, es la liberación de las doce tribus hermanas sometidas contra los opresores de todo tiempo y región. Es la libertad por el espíritu. Y en este sentido dice Moisés Hess: "Toda emancipación política y social de la esclavitud es al mismo tiempo una emancipación espiritual que acusa la fructificación del genio nacional. La legislación judía comprende dos épocas fundamentales: la época de la liberación de los egipcios y la época de la liberación del cautiverio babilónico. Además le está asignada una tercera época, la que sobrevendrá al fin de su redención del tercer exilio."

El propio Heine decía "Bajo la forma de profecías (la Historia) se manifiesta por la palabra del poeta y del pensador, antes de traducirse en hechos bajo la mano del hombre de acción."

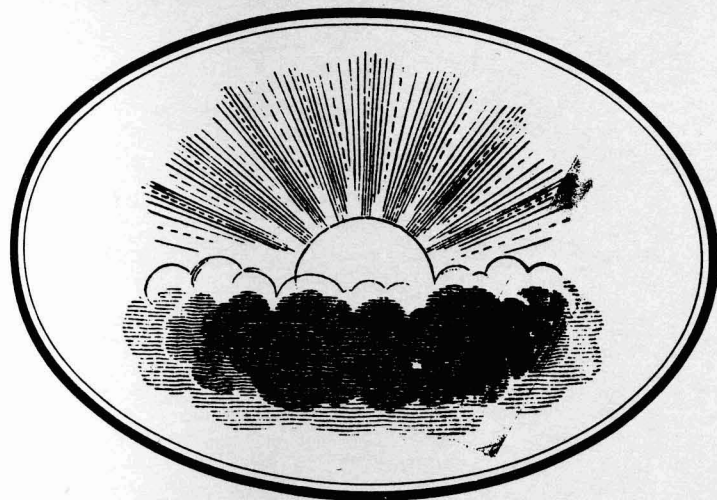
Y también, todavía más explícito:

"No olvidéis jamás esto, vosotros, fieros hombres de acción. No sois sino la mano inconsciente de los pensadores, que a menudo en el silencio de la humanidad os han trazado con precisión todas vuestras acciones."

Mas no se crea en ningún momento, que estime Heine superior la obra del poeta y del pensador reclusos en su labor monacal a la del agitador de ideas, no. Con claridad cenital distingue el mérito de la idea que suscita la acción, y esto usando para comparar a Goethe, a quien se sabe idolatraba como artista, lo dice en otra página que transcribe Hermann Cohen (en "Enrique Heine y el judaísmo").

No podréis evitar que con pretexto de Heine exponga mi propia querella. Me siento identificado con Heine en uno de los aspectos más vituperados de su prédica, no diré rebatido porque contra o en pro de Heine no es posible sino una reacción categórica y total. La hoguera o la gloria. Es su repugnancia por lo grosero y torpe, en cuanto no es inherente a la democracia la grosería, ni a la libertad la indecencia, lo que le aparta muchos sufragios de los que no ha menester. No me equivoco si afirmo que entre nuestros compañeros, poetas y escritores, los hay que han abrazado nuestra causa por desprecio a valores exquisitos y no por odio a la opresión. De ahí que ciertos pensadores sociales como Lassalle y Tolstoi sean acusados de aristocratismo porque han hecho su pelea con guantes. No he comprendido nunca a ciertos populistas que se quitan la chaqueta para hablar al pueblo, porque confunden delicadeza y snobismo, como si la delicadeza fuera incompatible con la fuerza y el fervor populares. Así una de mis guías y maestros, Simone Weil, que en suma de finura y delicadeza de espíritu, ha sido, a mi juicio, una de las más comprensivas intérpretes de la angustia y la soledad del proletariado en el seno de la sociedad despiadada. Trabajando en las fábricas como obrera y en las granjas como moza de cuadra mantuvo su pureza y su implacable odio al opresor.

Confundir el espíritu de grosería, el odio a la inteligencia a las buenas maneras con la causa del proletariado, es una torpeza que espíritus tan finos como el de Marx y Heine han sido los primeros en repudiar. Nosotros no podemos combatir al aristocrático porque regularmente encubre lo miserable. Aristocrático en el sentido etimológico es dignidad, excelencia, corrección. Aristócratas como Kropótkin, Rusell, Shelley, Byron y Puschkin no dejan de estar en la línea de nuestra batalla de ser nuestros compañeros, y no lo son sin duda quienes quieren destruir a un tiempo el capitalismo y la civilización.



La posición de Heine es ésta, sólo que llevada al plano de la náusea. Es evidente que cuando apostrofa a la plebe se refiere a los iconoclastas de la verdad, la belleza y la justicia. El desprecio por la grosería de los *communards* no implica, ni mucho menos, su repudio del pueblo, del ser multitudinario. Precisamente este sentido humano es fundamental en Heine, tanto en la poesía como en la prosa, señalada toda esta última por la ironía más hiriente. Hay que pelear, si no con guantes, con las manos limpias.

Heine toma partido por una causa simplemente por oposición a otra; y también por el fundamento de una causa que le es refractaria en cuanto la aborrece en sus formas exteriores, en su presentación. Así se aparta del ateísmo y se pliega al bando contrario, sin que pueda decir el teísmo, porque el ateísmo se adhiere a ciertas formas groseras del pensar. Si repudia la cosa por su aspecto, es porque antes que filósofo es artista. Con este concepto puede legítimamente decirse que es deísta porque el ateísmo se le ha presentado muchas veces bajo atavíos andrajosos. Tampoco concibe que los líderes de la revolución social usen barba hirsuta y larga melena enmarañada. Nosotros

usamos y Marx también el término *Lumpenproletariat* como forma despectiva de un proletariado sin conciencia de clase, cuyo ideales son parecidos pero no los mismos de los que luchan y mueren por su reivindicación. Heine, en cambio, los detestaba mucho más por el vestuario que por el credo.

Es natural que un socialista equivocado esté por lo regular mal vestido, pero es absurdo y además inicuo calificar de andrajoso al socialismo por tal circunstancia. De todos modos también nosotros queremos un pueblo libre e higienizado, inteligente y sano, por razones evidentes de aseo y también por razones morales. No siempre bajo una mala capa se oculta un buen bebedor, y hay bebedores de aguardiente desnaturalizado que, amparándose en la universalidad del dicho, gustan taparse con capas raídas por ostentación de espíritu antiburgués.

Volviendo al tema del ateísmo, que determina su posición respecto al socialismo, en cuanto éste es juzgado por Heine como aquél por los elementos más que por su contenido, es evidente que en él ataca Heine la invasión en masa a los recintos de las ideas y sentimientos más elevados que jamás se haya concebido. Pues es innegable que esos sentimientos e ideas de veneración de lo sublime que defiende Heine nada tiene que ver con las religiones que envilecen y sofistican lo que no pueden alcanzar a comprender. Esa misma postura de defensa de un credo en que no cree por reacción contra los que no creen, pero por razones absolutamente distintas, lo encrespa contra los líderes de la revolución social. Ha visto confundidos en una misma comunidad de ideales a los apóstoles fervientes de la justicia y la libertad y a los mistificadores que se atavían con la miseria, la ignorancia y el despojo del pobre. Ha visto a poetas y novelistas en campaña de voceros de su propia fama, entremezclados con los otros, como los hongos venenosos entre los comestibles. Y también ha visto, coronados de laurel y ceñidos de espada, a muchos poetastros y panfletarios del brazo de lo que él llama "frailes de la impiedad y torquemadas del ateísmo", odres vacíos boyando sobre las ondas de los hombres del pueblo. Para mi tarea de hoy, tomo solamente un poema de Heine. Si toda su obra no estuviera concebida y escrita para abismar en suposiciones equívocas al lector, podría decirse que el poema *Atta Troll* es un enigma. Así lo han reconocido cuantos han tratado de desentrañar el sentido de la alegoría literario-política. Él la definió como "canto épico-humorístico".

Su asunto es sencillo: Un oso, Atta Troll, y su mujer, Mumma, danzan en un pueblo de los Pirineos, atados con una cadena. Divierten a los espectadores danzando al compás que les marca el amo. Un día Atta Troll se libera de sus cadenas y huye al monte, donde encuentra a sus hijos abandonados: cuatro oseznos y dos oseznas. Uno de ellos ha perdido una oreja, en algún encuentro con el enemigo de todos los seres vivientes: el hombre. Atta Troll abraza a sus hijos, sufre por la separación de Mumma, aún cautiva, respira el aire de la montaña

y pronuncia un exaltado discurso contra el género humano, opresor de la creación entera. Entretanto Lascaro, el cazador, prepara las balas con que muy pronto dará muerte al libertario Atta Troll, atravesándole el pecho con una de ellas. Eso es todo. ¿Qué significa, qué vela y qué descubre ese poema? El mismo autor ha dado diferentes y contradictorias explicaciones, según su técnica de burlarse en serio de la curiosidad de sus admiradores y de sus censores por igual.

Dice Atta Troll: "Hijos, el porvenir es nuestro— y se revuelca en su yacija sin colcha—. Si todos los osos, si todos los animales pensarán como yo, con nuestras fuerzas reunidas desharíamos a nuestros tiranos... Que la igualdad perfecta sea la ley fundamental. Todas las criaturas de Dios serán iguales sin distinción de creencias, pelajes ni olores. ¡Igualdad estricta! Que todo asno pueda llegar a la más alta función del estado; que el león, en desquite, lleve el costal al molino. Por lo que hace el perro, es un pícaro de gustos serviles, porque desde hace una eternidad lo trata el hombre como a perro. Sin embargo, en nuestra constitución radical, le daremos sus antiguos derechos inalienables, y pronto quedará regenerado. Hasta los judíos gozarán derechos de ciudadanía y serán, ante la ley, iguales a los demás mamíferos. Sólo se les vedará la danza en las plazas públicas. Pongo esta mejora en interés de mi arte. Porque el sentimiento del estilo, de la plástica severa del movimiento, no lo tiene esa raza; echarían a perder el gusto del pueblo.

"... Desconfía de las doctrinas de la especie humana; echarían a perder tu alma y tu cuerpo. Entre todos los hombres no hay un solo hombre honrado.

"... Hoy no tienen (los alemanes) creencias en Dios; hasta predicán el ateísmo. Hijo, hijo mío, desconfía ante todo de Feuerbach y de Bruno Bauer. No te vuelvas ateo como uno de esos monstruos de osos que no tienen respeto a su Creador —¡pues un Creador hizo este universo!—. Sobre nuestras cabezas el sol, la luna y también las estrellas (tanto las estrellas con rabo como las que no lo tienen) son el reflejo de su omnipotencia."

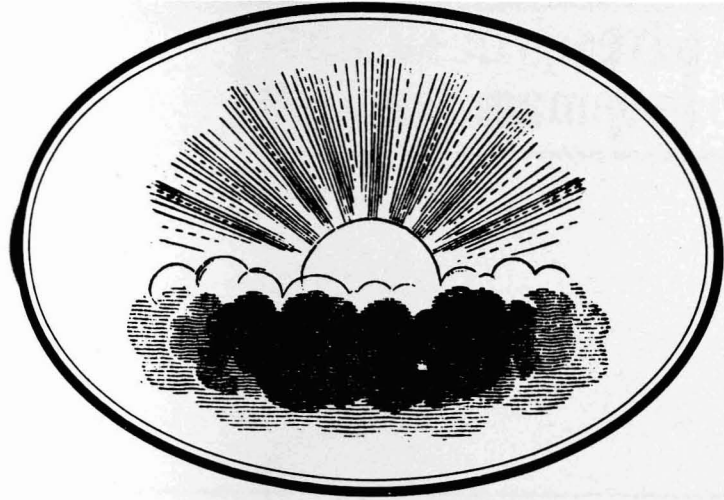
Es evidente que Atta Troll es el pobre atado a una servidumbre ignominiosa; su postura es la de un predicador liberado recién de su servidumbre, y emplea palabras del repertorio de los agitadores demagógicos. Pero hace una inculpación verdaderamente muy grave, y es la de que los predicadores de la libertad para el hombre rara vez piensan en los pobres animales dominados y sometidos a espantosa esclavitud por él. Además, y esto no es de olvidar, cuando Atta Troll obtiene su emancipación, suspira, es cierto, por la esposa, la negra Mumma, mas no hace nada por liberarla. Esta situación de la mujer, en la prédica de los revolucionarios sociales tiene mucho de cargo legítimo. Piensa en liberar a todos los animales expuestos al exterminio por el hombre, pero no a su compañera. No sólo los redentores del género humano se olvidan de los animales,

sino también de las mujeres, de la mujer. La mujer sigue siendo esclava del esclavo y del esclavizador mucho más que el sistema capitalista. Han sido las mujeres quienes han tenido que iniciar su emancipación por sí mismas, luchando contra los opresores de la fábrica y del hogar, de sus maridos, de sus hermanos y de sus hermanos, padres e hijos.

Atta Troll considera que el tirano por fatalidad específica no ha purgado su egoísmo de rey de la creación, y que mientras considere que existen seres inferiores a él, ejercerá un dominio injusto sobre los demás seres que pueblan el mundo con tan legítimo derecho como él. Acaso los negros, y, como dice con sarcástica amargura, los judíos, pertenezcan a la clase de los seres desheredados, abandonados como el obrero a un cruel destino de sumisión. En cuanto a su advertencia de huir del ateísmo, responde simétricamente a sus declaraciones en la "Confesiones", quiero decir a su desdén por lo grosero y contrario a toda mirada superior sobre las cosas que no entran en la comprensión ingenua de la realidad. Un mundo de belleza, como el que Atta Troll contempla en la montaña —y es el caso de Heine en su viaje al Harz— está fuera del horizonte de comprensión de los que se divierten viendo bailar a los osos cautivos. La libertad, en fin, sólo significa para el pobre libertario sucumbir bajo una certera bala del cazador. ¿Es que hay también cazadores en el reino de la libertad, como según Heine los hay en el reino de la esclavitud?

Todo esto no es fácil de entender ni de aceptar; pero evidentemente corresponde a una concepción profunda de la libertad, acaso en los temas debatidos en conversaciones íntimas con sus amigos libertarios. Sin duda era tan enojoso tener a Heine por aliado como por enemigo, lo comprendo. Él tampoco se toleraba a sí mismo en ocasiones. Se podría objetar que un espíritu libre a tal extremo es peligroso inclusive para la libertad. También lo comprendo. Nos conviene que haya mucho de su tipo, pero que haya uno, eso puede salvar al hombre de cualquier fanatismo —entendiendo que todo fanatismo es esclavitud—, de cualquier caída en un cepo que lo retenga por la cabeza cuando ya se lo ha libertado por los pies. La libertad del pensamiento no es más fácil que la libertad del yugo.

Atta Troll no es un predicador social como tampoco es bailarín. Tan torpe es bailando como predicando; sus razonamientos están trabados como sus patas. La injuria a diversos poetas y filósofos (los "poetas tendenciosos" que encubren su miseria de artistas y de pensadores con el énfasis de los clamadores) son zarpazos adicionales del oso. En esto está de acuerdo con él: en que ni el arte ni la filosofía deben ponerse en manos de inhábiles para que se las utilice irresponsablemente en pro de una doctrina que tiene, como toda doctrina, sus exigencias de calidad. Apunta a Carlos Mayer, a Justino Kerner y pega a Béranger y a Hugo.



También en esto puede ser refutado y, a su vez, la refutación puede ser refutada. La posición de Heine como autor del poema es exactamente la misma que en sus demás panfletos y epigramas políticos. No olvidemos, por lo demás, que los ataques de este combatiente son al mismo tiempo respuestas a las agresiones sangrientas de sus adversarios, quienes le incriminaban no descender con ellos a la lucha en las barricadas. Se lo acusaba de espía, de traidor a la patria, de defensor a sueldo de Francia, de judío renegado, de cristiano falsario, de tráfuga de su clase, de misógino y de desertor político. Y sus enemigos más sañudos estaban a su derecha y a su izquierda y por debajo, aunque nunca por encima de él. Atta Troll representa a los que defendiendo una buena causa la tornan despreciable. Pero ¿qué mal causa el pobre oso predicando su doctrina igualitaria a sus hijos, en la soledad de la montaña? ¿Y quién es el cazador Lascaro que lo mata y por qué?

El poema finaliza con estos versos menos enigmáticos que la alegoría entera: "Atta Troll, oso descamisado, igualitario feroz, esposo estimable, espíritu serio, alma religiosa, odiadora de la frivolidad, ¡pero mal bailarín! Con la virtud de su noble pecho a veces hedió. No fue un talento; fue un carácter."

Había en el desdichado libreto un fondo natural puro, generoso, altruista; mas la domesticación y la miseria de su vida sirviendo de escarnio y de modus vivendi a su amo, lo habían convertido en un enemigo de toda excelencia, en un resentido. Tenía razón, pero no sabía expresarla, por lo mismo que tenía hermosas y potentes patas y no sabía bailar.

Heine es de la estirpe de los poetas revolucionarios, de los que cantan la revolución anunciándola antes de llegar, no alabándola después. Poeta del tipo de Tirteo y Rougert de Lisle. Él era, como Walt Whitman, el poeta que crea en los hombres y en las mujeres el ansia infinita de la libertad. Un ruiñeñor en la peluca de Voltaire, se dijo de él, y mejor pudo decirse un ave libre que muchos oyeron y nadie vio. ¿Cómo enjaularse según un catecismo o un decálogo?

Heine defendía al hombre libre, lo defendía inclusive de sí mismo; defendía la libertad en el hombre y fustigaba rudamente a las personas y a las ideas que, aun siendo libertarias, pudieran ofrecer un óbice al logro de su ideal; y donde los encontraba los atacaba sin piedad. La ironía era su arma más poderosa y como los antiguos poetas de la sangre de Arquíloco y Juvenal, con un adjetivo, con una imagen aniquilaba con tanto poder y eficacia como un escuadrón de lanceros. He ahí su fuerza, que no consiste en el calibre de la pieza disparada cuanto en la puntería y en la vehemencia puesta en el arco. Y era implacable porque no respondía a ningún mandato, ni siquiera al de sí mismo. No era su propio esclavo, como acontece con muchos idólatras de la libertad. Esta posición del francotirador merece un examen.

Su experiencia política en Alemania era nula. Nace en él el ansia de libertad ante la inmensidad serena del Mar del Norte y ante la potentísima serenidad de las montañas del Harz. Es en París donde se encuentra frente a frente con el ideal y la realidad, que no concuerdan con su noción aristocrática del pensamiento como arma de combate.

Dos de sus más hermosos libros, si no los dos más hermosos, *Cuaderno de Viaje* y *Mar del Norte*, son dos alegatos en prosa y verso por la libertad. Ahí la bebe y la aspira antes de concebirla como ideal. Se siente libre, han caído de su espíritu cadenas milenarias, más fuertes y duras que el hierro. Se baña en la luz del Tirol y en el mar en la playa de Lucca, armándose para una lucha que no terminará con la muerte.

Heine empieza a sentir en su carne y en su alma la libertad antes de pensarla y comprenderla. Templa su coraje, prepara la espada y corta con ella la primera rama de laurel. También su pelea será contra los monstruos que atemorizan y acobardan al hombre. Desde entonces podremos decir de él lo que él dijo de Jehuda ben Halevy (en *Melodías hebraicas*): "Estrella antorcha de su siglo, luz y fanal de su pueblo, maravillosa y grande columna de fuego de la poesía."